

# Las reglas del juego: moralidad y moraleja en la telenovela

Palmira Olguín

Nadie puede negar que la telenovela provoca controversia. De hecho, estamos invirtiendo nuestro tiempo a su análisis y en la discusión se encontrarán diversos puntos de vista sobre el fenómeno. Habrá quien esté a favor, quien quiera hacerla desaparecer para siempre y quien pida encarecidamente que se le hagan modificaciones esenciales para que no ejerza una influencia tan negativa en el espectador. Sin embargo, independientemente de nuestras preocupaciones, son millones en el mundo los que las consumen, debido a la forma cómo se estructura y desarrolla.

Mi intención ahora, es plantear algunos de los elementos que sustentan el mecanismo mágico que permite a la telenovela atrapar en sus redes al incauto espectador, premisas que se basan en una clara moralidad, reconocible y aceptada por todo aquél que accede a ella. Es conveniente señalar que dada la limitación de tiempo me veo obligada a hacer generalizaciones y que por supuesto voy a referirme a la telenovela mexicana que es la que, bien o mal, conozco.

Es obvio y sin embargo es necesario señalar, que para la gran mayoría de población que busca liberarse de la aburrida y pesada cotidianidad, que espera llorar por penas y sufrimientos que no le pertenecen, y que rechaza, en este espacio, todo lo que percibe como aleccionador, la telenovela es únicamente entretenimiento y esparcimiento. Para quienes la producen representa un negocio que se multiplica hasta el infini-

to, además de entender que están cumpliendo con la importante función de proporcionarle a la sociedad "sana diversión".

De esta manera es posible afirmar que al diseñar, producir y transmitir una telenovela nunca se pretende ser pedagógico. Sin embargo, se busca con toda conciencia la reiteración del modelo tradicional y funcional, que representa la llave del éxito.

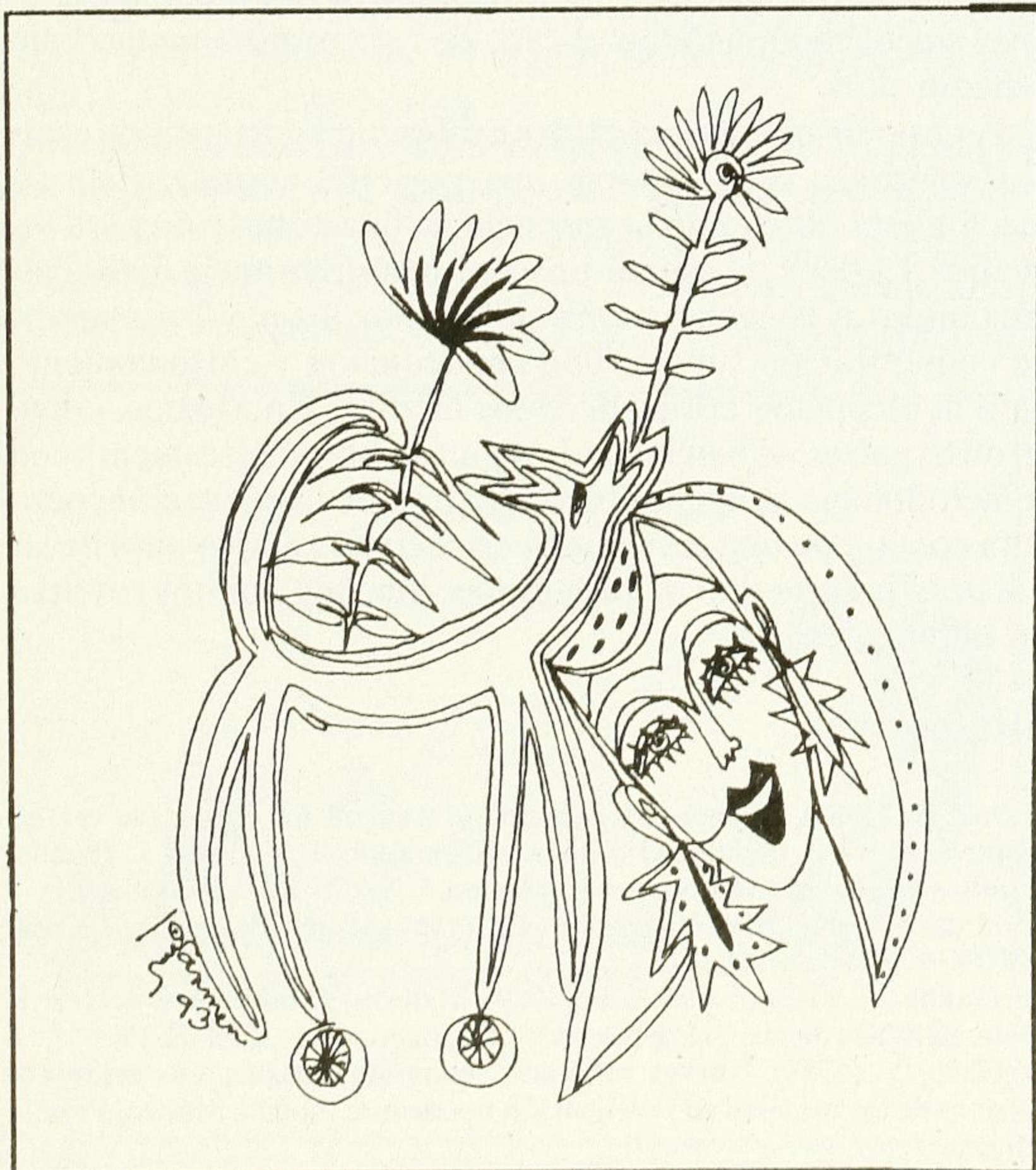
Una de las importantes causas que determina esta cuestionable situación es que la telenovela, si bien tiene su origen en el folletín y en la radionovela, en cuanto al formato de distribución, heredó su contenido, igual que los otros dos, directamente del cuento fantástico. Sin preocuparnos ahora de sus orígenes, los cuentos que nuestros padres nos leían cuando éramos niños y que Walt Disney nos permite seguir viendo con gran placer, contienen, sin duda, los mitos fundamentales que sostienen la cultura occidental.

Por un lado, en cuanto a lo emotivo proponen la posibilidad de realizar lo que, en primer momento, se plantea como amor imposible y paralelamente muestran la posibilidad de adquirir riqueza y reconocimiento social, ambas fortunas para el pobre y desposeído, que es víctima de las mayores injusticias. La reproducción inagotable de estas fantasías brinda una forma de consuelo al desposeído, que cada noche ante el televisor, se imagina que a él le puede llegar a suceder lo mismo. El productor que sabe que ésta es la fórmula funcional, la repite logrando el tan ansiado éxito.

A partir de esta primera premisa fundamental resulta interesante detenerse un poco para analizar los elementos que conforman la estructura de los cuentos, pues inmediatamente es posible vincularlos con los de las telenovelas. Las heroínas de estos mitos son básicamente personajes amenazados, víctimas de terribles villanos y es la fuerza del amor de un hombre la que la libera. Sin profundizar demasiado, es incuestionable que en este esquema existe un claro planteamiento moral que establece pautas de conducta y que define las expectativas de hombres y mujeres, reforzando los roles sexuales tradicionales aún vigentes.

Sin embargo, es necesario hacer intervenir aquí otro elemento fundamental que conforma la estructura y el concepto de la telenovela, la realidad. Cuando se entrevista a un escritor o a un productor de telenovela y se les pregunta si su historia está basada en la realidad, casi siempre responden que sí. Al mismo tiempo, los críticos del género lo destrozan porque no se basa en la vida real. Aventuradamente me atrevo a afirmar que es un producto que mezcla, con maestría, la ficción del cuento con elementos muy importantes de realidad.

Si bien los elementos básicos del cuento mágico permanecen en la esencia, la princesa encerrada y el príncipe azul que la rescata, las situaciones que crean los conflictos y los obstáculos del amor, se van actualizando y configurando a



partir de los cambios y modificaciones en la escala de valores de la sociedad. Por ejemplo, no es raro encontrar ahora protagonistas que trabajen, incluso las hemos tenido como importantes ejecutivas, o que estudien, cosa que hace unos años hubiera sido imposible.

¿Qué aspectos de la realidad son los que la telenovela, siendo un cuento, puede admitir? Obviamente la limitación es grande. Las situaciones reales que pueden provocar que la telenovela pierda la magia que requieren quedan descartadas automáticamente. Me refiero a problemas económicos y políticos estructurales.

En el género habrán siempre ricos y pobres, sin embargo nunca se llegará a cuestionar el por qué de esta situación, antes al contrario, el pobre recibe como recompensa a su sufrimiento una riqueza, que además el espectador considera que se merece. La lucha de poder político, las guerrillas, el robo por hambre, y cualquier tema que cuestione el orden establecido, trascienden de manera incuestionable, los rígidos marcos de la ficción de la telenovela.

A partir de lo anterior, el género se nutre, en relación con la vida real, de los conflictos individuales, que además son generales, respondiendo a la forma cómo se organizan y funcionan las instituciones sociales, pero no pueden narrar la vida cotidiana de un personaje anónimo, pues el drama necesita de conflictos y situaciones extremas que le permitan contar algo interesante, que resulte atractivo para el espectador común. De esta manera adopta para su desarrollo, las debilidades del sistema social, relacionadas con la vida íntima de sus personajes. Esto la convierte automáticamente en un producto "voyeurista": es como asomarse por la cerradura de la puerta para enterarse de los conflictos personales del vecino.

Enunciando algunas de las debilidades sociales más socorridas por la telenovela, encontramos la diferencia de clases sociales que a su vez da como resultado diferencias en el nivel de vida y en el nivel educativo y cultural; otro aspecto es la dualidad pareja estable o matrimonio y la infidelidad, que según dijera Marx, uno es condicionante de la otra, hecho que implícitamente trae consigo lo que se ha dado en llamar la "doble moral", que permite al hombre lo que a la mujer se le niega, entre otras cosas, la libertad sexual.

Un conflicto más es la sobrevaloración que existe en nuestra cultura en relación con la maternidad, que conlleva al espíritu de sacrificio y a la abnegación, y como contraparte la recriminación para quien rechaza la posibilidad de ser madre catalogada de inmediato como inhumana y egoísta. Esto se extiende a quien teniendo hijos, da prioridad a otro tipo de actividad o valores, anteponiéndolos a la maternidad.

La virginidad corre paralela a los temas mencionados anteriormente, en lo que a la cultura se refiere. Es irrelevante que las mujeres hayan logrado en la práctica una apertura en su vida sexual. El discurso sigue siendo a favor de la "pureza" antes del matrimonio y la fidelidad absoluta de la mujer casada.

Esto amplía el margen del conflicto cuando se habla de la violación, pues independientemente de que sea un hecho totalmente reprobable en la realidad, si le sucede a una mujer casta y virginal, el delito cobra dimensiones insospechadas.

En la cultura occidental, desconocer el propio origen, la falta de identidad, resulta ser también un conflicto que aporta

elementos que la telenovela ha sabido explotar suficientemente.

El tema del amor merece un capítulo aparte, ya que es el eje fundamental de todo conflicto de telenovela. El amor con sus implicaciones, pasión, sexo, odio, rencor, nostalgia, es el sentimiento por excelencia que motiva la curiosidad y la expectación de cualquiera. Pero, el género no narra el amor común, que termina en matrimonio y continúa con problemas cotidianos y tedio. La telenovela habla del amor imposible, rodeado de obstáculos que deben irse superando para poder llegar al final, a alcanzarlo con la expectativa de la felicidad eterna.

Es importante analizar el punto en este momento, porque conjuga, a través de los obstáculos del amor, las aportaciones del cuento: sus protagonistas son princesas encerradas y príncipes salvadores. Y de la realidad: los conflictos que alrededor del amor se crean tiene que ver con las hasta aquí llamadas debilidades sociales. Este amor maravilloso está sublimado, hecho que el espectador acepta pues lo viven personajes que están totalmente idealizados, carecen de defectos y sus virtudes están optimadas. Así, el amor que entre ellos surge se convierte en lo más importante de sus vidas, tal vez porque es transgresor. Los mundos de los protagonistas, antes de su encuentro estaban totalmente desvinculados, y no sólo eso, eran irreconciliables. Ahora tienen que unirlos a través del amor.

Para poder contar este tipo de historia, que de acuerdo con lo anterior es totalmente reconocible para el espectador, hecho que favorece su identificación, la telenovela utiliza el melodrama, género dramático que logra gracias a los elementos que lo configuran mover las emociones de quien a él se expone. Sus personajes son simples, por lo tanto maniqueos, lo que obliga establecer en ellos una moralidad muy clara desde su construcción, misma que debe manejarse con coherencia de principio a fin de la narración.

De acuerdo con la escala de valores socialmente establecida, los personajes considerados buenos tienen un margen de acción limitado y su actuar debe corresponder a las pautas de conducta socialmente aceptadas. Obviamente, la contraparte que es el villano, posee cánones de conducta opuestos; la lectura de su personaje corresponderá siempre a lo que socialmente se considera una conducta negativa.

Así es como la telenovela tiene implícita una moralidad que buscándolo o no, refuerza permanentemente los valores tradicionales. A partir de esto, el final feliz para los buenos y el castigo para los villanos, resulta ser una clara moraleja para el espectador, quien al terminar de ver "su" telenovela queda muy gratificado y satisfecho, pues cada quien recibió su merecido.

Para concluir, voy a aventurarme a hacer otra afirmación peligrosa. Considero que la telenovela no modifica la realidad, sólo refuerza los valores existentes y en todo caso puede ayudar a acelerar procesos de cambio que de alguna manera han comenzado a darse previamente. Así pues, nos encontramos en una especie de círculo vicioso, en el cual para modificarse uno debe modificarse el otro. Para introducir en la telenovela elementos que favorezcan el cambio es indispensable, por un lado, no modificar las reglas de juego básicas que he esbozado e introducir los cambios paulatinamente, con el fin de no entorpecer la identificación del espectador. 